

The illustration depicts a young boy with dark hair, wearing a brown vest over a white long-sleeved shirt and blue jeans, standing on a stone path. He is looking up at a massive, vibrant, multi-colored flame or energy burst that erupts from his chest. The colors of the burst include red, orange, yellow, green, and blue. To the right, an elderly man with a long white beard and hair, wearing a dark blue robe, stands with his hands outstretched. He is surrounded by a swirling, ethereal white and blue energy. The background features a winding stone path through a lush green field with various flowers, leading towards a bright, hazy horizon under a warm, golden sky. The overall style is whimsical and magical.

Emiliano y el Señor Axió

Los Superpoderes de la Razón

Una aventura para transformar lo que sientes

1ra edición 2025 Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International

Prólogo

Queridos adultos,

Vivimos en una era de estímulos constantes y respuestas inmediatas, donde se nos enseña a optimizar el rendimiento académico y físico de nuestros hijos, pero descuidamos el jardín interior de su mundo emocional. En ese camino, las emociones juegan un papel esencial: iluminan su mundo, lo impulsan, pero también pueden confundirlo o hacerlo sentir atrapado.

Este libro nace con una convicción profunda: **los niños pueden aprender a reconocer y transformar sus emociones.** No se trata de ocultar la tristeza, reprimir la ira o negar los celos, sino de comprenderlos y darles una nueva forma que aumente su fuerza interior, su creatividad y su capacidad de convivir en paz.

A esto le llamamos transformar los afectos: convertir cada emoción en una oportunidad para crecer. Cuando un niño aprende a hacerlo, descubre un superpoder que lo acompañará toda la vida.

Imaginemos una sociedad en la que los niños aprendan desde pequeños a reconocer lo que sienten y a responder con claridad, sin violencia, sin miedo, sin envidia. Una sociedad donde los adultos, en lugar de arrastrar resentimientos, construyan vínculos basados en la comprensión, el respeto y la alegría compartida. Ese futuro comienza con semillas plantadas hoy.

Este libro no es un manual de filosofía. Es un cuento. Una aventura. Su objetivo es sembrar en los niños una semilla de inteligencia emocional basada en una de las éticas más profundas y luminosas jamás escritas. A través de la historia de Emiliano y su peculiar mentor, el Señor Axión, exploraremos que ninguna emoción es "mala" en sí misma; todas son información valiosa sobre nosotros y nuestro lugar en el mundo. El "superpoder" no es negar la tristeza o la ira, sino escucharla, entender su mensaje y canalizar su energía hacia algo constructivo.

Al enseñar a un niño a transformar su tristeza en reflexión, su ira en justicia, su envidia en admiración, no solo le estamos armando para los inevitables desafíos de la vida. Estamos formando a un futuro adulto más resiliente, más empático y más dueño de sí mismo. Y, en última instancia, estamos contribuyendo a construir una sociedad no de individuos aislados por sus pasiones, sino de seres conectados por la comprensión y la alegría compartida.

Porque transformar los afectos no solo forma niños más fuertes: forma familias más unidas y sociedades más humanas.

Con cariño y esperanza,

T.F.F

Índice/Tabla de Contenidos:

Prólogo.	I
Dedicatoria.	
Página.....	1
Capítulo 1. El Origen del Superhéroe.	
Página.....	2 a 6.
Capítulo 2: El Descubrimiento de los Afectos	
Página.....	7 a 10.
Capítulo 3. Capítulo 3: El Superpoder de la Transformación	
Página.....	11 a 15.
Capítulo 4: Transformando la Tristeza	
Página.....	16 a 19.
Capítulo 5: Transformando la Ira	
Página.....	20 a 23.
Capítulo 6: Transformando la Envidia	
Página.....	24 a 28.
Capítulo 7: Transformando los Celos	
Página.....	29 a 32.
Capítulo 8: Transformando el Apego	
Página.....	33 a 37.
Capítulo 9: Transformando la Codicia	
Página.....	38 a 41.
Capítulo 10: Afrontando la Pérdida de mi Mascota	
Página.....	42 a 46.
Bonus: El Misterio de la Sustancia	
Página.....	47 a 51.

Dedicatoria

A Baruch Spinoza (1632–1677), cuyo pensamiento profundo sobre la libertad, la alegría y la transformación de los afectos nos inspira a sembrar en los niños y niñas la fuerza de vivir con claridad, amor y entendimiento.

Este libro es un homenaje a su pensamiento, traducido al lenguaje de la infancia. Queremos acercar a los niños y a sus familias la posibilidad de descubrir, a través de historias y ejemplos sencillos, que cada emoción puede convertirse en fuerza, claridad y alegría de vivir.

Porque lo que Spinoza pensó para la humanidad entera, nosotros lo sembramos aquí en el corazón de la niñez, con la esperanza de que florezca en generaciones más libres, fuertes y felices.

Transformar los afectos es aprender a vivir con libertad.



CAPÍTULO I: EL ORIGEN DEL SUPERHÉROE

Capítulo 1: El Origen del Superhéroe

El sol de la tarde pintaba de oro el parque. Emiliano fruncía el ceño, concentradísimo. Con determinación, amontonaba arena húmeda con sus manitas. Quería construir el castillo de arena más alto y perfecto del mundo. Tenía torres, un foso e incluso una bandera hecha con una pluma.



Pero de pronto, ¡catástrofe! La torre más alta, la que tenía la bandera, se estremeció y se derrumbó con un silencioso plof, llevándose consigo parte de la muralla.

—¡Oh, no! —exclamó Emiliano, y una ola de frustración le subió por la garganta. Sus mejillas se encendieron y tuvo ganas de patear el montón de arena arruinado—. ¡Es injusto! ¡Era perfecto!

Miró a su alrededor. Otros niños jugaban felices, y eso lo hizo sentirse más solo y enfadado consigo mismo. Respiró hondo, conteniendo unas lágrimas de rabia.

Sentado en un banco cercano, junto al estanque de los patos, había un hombre. No era como los otros adultos que corrían detrás de sus hijos o miraban sus teléfonos. Este hombre estaba quieto, muy quieto. Vestía una chaqueta sencilla de color azul profundo, como el cielo justo antes de anochecer, y sus pantalones eran de un color tierra tranquilo. Observaba el agua con una calma tan grande que a Emiliano le llamó la atención. ¿Qué estaría mirando con tanto interés?

De repente, el sol se escondió. Unas nubes oscuras, grises y pesadas, cruzaron el cielo a toda velocidad. El viento comenzó a silbar y a levantar remolinos de polvo y hojas. ¡ZAS! Un relámpago iluminó todo por una fracción de segundo.

—¡Es una tormenta! —gritó alguien.

El parque entero se convirtió en un hervidero de gente corriendo. Madres, padres, niños y niñas corrían hacia sus coches o hacia sus casas, gritando y riendo nerviosos por la sorpresa del aguacero.

Emiliano se levantó para correr también, pero su mirada se clavó de nuevo en el hombre del banco. Él no se movió.

Capítulo 1: El Origen del Superhéroe

No parecía asustado, ni molesto, ni siquiera apurado. Seguía sentado, mirando cómo las primeras gotas gruesas comenzaban a caer y a hacer plop, plop, plop en el estanque, formando cientos de círculos perfectos que se juntaban unos con otros.

La curiosidad pudo más que el miedo. Emiliano, empapándose, se acercó titubeante al hombre.

—Señor —dijo Emiliano, con la voz un poco temblorosa por el frío que empezaba a sentir—. ¡Va a llover mucho!

El hombre giró lentamente la cabeza y sonrió. Tenía una sonrisa tranquila, que parecía venir de un lugar muy profundo y sereno. Sus ojos eran amables y curiosos.

—Ya está lloviendo —dijo su voz, que era clara y calmada como el sonido de una campana—. Y es fascinante, ¿no lo crees?

Emiliano lo miró perplejo. ¿Fascinante? ¡Estaba mojado y se iba a resfriar!

—¿Fascinante? —preguntó el niño—. ¡Es un desastre! ¡Me estoy empapando!

—Un desastre es un castillo de arena que se cae —respondió el hombre, y Emiliano se sorprendió de que lo supiera—. Esto... esto es solo tormenta. Fíjate. Señaló el estanque. Las gotas de lluvia bailaban sobre la superficie. Señaló los árboles, cuyas hojas se lavaban, quedando de un verde más brillante. Señaló la tierra.

—La tierra tenía sed. Las plantas esperaban esta agua. El aire, que antes estaba lleno de polvo, ahora se limpiará y olerá a fresco y a nuevo. La tormenta no es buena ni mala, Emiliano. Simplemente es. Y siempre, siempre pasa.

Emiliano lo escuchaba, y aunque no entendía todo, una parte de su enfado comenzó a disolverse, como un azucarillo en agua caliente. Ya no tenía ganas de llorar. Observó la lluvia como el hombre lo hacía. Era bonito ver cómo todo cambiaba.

—Pero... a mí me arruinó el castillo —dijo, aún un poco aferrado a su tristeza.

—Los castillos de arena son para disfrutarlos mientras se construyen y mientras están —dijo el hombre—. Su belleza está en que no duran para siempre. Mañana podrás hacer uno nuevo, diferente, quizás incluso mejor. La tormenta te dio una razón para empezar de nuevo.

Capítulo 1: El Origen del Superhéroe

El hombre se puso de pie. Parecía que la calma a su alrededor era un campo de fuerza invisible.

—Algunos me llaman el Señor Axión. Me gusta entender cómo funcionan las cosas. Especialmente las tormentas... las de afuera y las de adentro.

—¿Las de adentro?

—Esa furia que sentiste cuando se cayó tu castillo —dijo el Señor Axión con suavidad—. Esa era una pequeña tormenta dentro de ti. Y, como esta, también pasa. Y deja el aire más limpio... si la miras con atención.

Antes de que Emiliano pudiera hacer otra pregunta, el Señor Axión le guiñó un ojo.

—Hasta pronto, Emiliano. Recuerda: después de la tormenta, siempre llega la calma. Y con ella, la claridad para ver mejor.

Y con eso, el Señor Axión se dio la vuelta y se alejó tranquilamente por el sendero, que ahora brillaba con el agua de la lluvia. Emiliano se quedó mirando el charco donde su torre había estado. Ya no sentía rabia. Solo un poco de tranquilidad y una curiosidad enorme.

¿Quién era ese hombre? ¿Cómo era que sabía tantas cosas? Y lo más importante... ¿cómo podía él aprender a calmar las tormentas dentro de sí mismo? Por primera vez en esa tarde, Emiliano sonrió. Algo nuevo y emocionante había comenzado.



"Las tormentas de fuera y las de dentro siempre pasan.
Observarlas sin miedo es el primer superpoder."



CAPÍTULO 2: EL DESCUBRIMIENTO DE LOS AFECTOS

Capítulo 2: El Descubrimiento de los Afectos

El día siguiente al de la tormenta era brillante y soleado. El parque olía a tierra mojada y a flores. Emiliano estaba otra vez allí, decidido a construir un castillo aún mejor. Pero su mente no estaba solo en la arena. No podía dejar de pensar en el Señor Axión y en su extraña calma.

De repente, una sombra alargada cayó sobre su castillo en construcción. Emiliano alzó la vista y allí estaba él, el Señor Axión, sonriendo con esa tranquilidad que parecía irradiar luz. —Hola, Emiliano. ¿Cómo está el arquitecto hoy?

—¡Señor Axión! —exclamó el niño, saltando—. Estoy intentando hacerlo otra vez, pero... me da miedo que se vuelva a caer.

—El miedo es un guardián —dijo Axión, sentándose en el pasto—. Te avisa del peligro, pero a veces se equivoca y ve peligros donde no los hay. La arena mojada hoy está perfecta para construir. Tu miedo te está quitando fuerza para intentarlo.

Emiliano lo miró, intrigado. ¿Cómo podía un sentimiento quitarle fuerza?

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó.

—Porque aprendí a ver —respondió el Señor Axión misteriosamente. De un bolsillo de su chaqueta azul sacó un objeto que brilló bajo el sol. Parecían unos lentes de sol, pero los cristales no eran oscuros, sino transparentes y con un leve brillo iridiscente, como una burbuja de jabón.

—Estas no son unos lentes comunes —explicó—. Son lentes de Ver Verdaderamente.

¿Quieres probarlas?

Emiliano, con los ojos como platos, asintió emocionado.

Se puso los lentes. Al principio, todo se veía igual. El parque, el cielo, los niños... Pero entonces, ocurrió algo mágico.



Capítulo 2: El Descubrimiento de los Afectos

Empezó a notar que alrededor de cada persona, incluido él mismo, había una especie de aura, una luz de colores que bailaba y cambiaba como las llamas de una vela.

—¿Qué es eso? —preguntó, asombrado.

—Estás viendo los afectos —dijo el Señor Axión—. Los sentimientos que todos tenemos dentro. Fíjate bien.

Emiliano miró a una niña que se columpiaba muy alto, riendo a carcajadas. A su alrededor, una luz amarilla brillante y dorada danzaba como pequeños soles. Era tan radiante que Emiliano casi podía sentir su calor y su alegría.

—Esa luz amarilla es la alegría —explicó Axión—. Es un sentimiento que le da fuerza, que la expande y la llena de energía.



Capítulo 2: El Descubrimiento de los Afectos

Luego, su mirada se dirigió a un señor mayor sentado en un banco, alimentando a las palomas. Su aura era de un azul suave y tranquilo, como el mar en un día calmado.

Parecía una manta de paz que lo envolvía.

—Ese azul es la serenidad —susurró el Señor Axión—. Lo fortalece con una calma muy poderosa.

Pero entonces, Emiliano vio algo distinto. Dos niños discutían por una pelota. A su alrededor, el aire se tiñó de un rojo intenso y chispeante, como lava. La luz parecía vibrar de forma brusca y cortante.

—Esa es la ira —dijo Axión—. Fíjate cómo los envuelve. ¿Crees que esa luz roja los está haciendo más fuertes o los está encerrando y poniendo nerviosos?

Emiliano observó. Los niños estaban tensos, gritando, con los puños apretados. No parecían fuertes; parecían... atrapados.

—Parece que los está enojando más —concluyó Emiliano.

—Exacto —asintió el Señor Axión—. Algunas de estas luces, como el amarillo o el azul, nos hacen más grandes por dentro. Otras, como ese rojo, nos hacen más chicos y nos quitan nuestra potencia.

Emiliano se miró las manos. Al recordar su miedo a que el castillo se cayera, vio que una neblina grisácea y temblorosa salía de su pecho. La estaba viendo. Era su miedo.

—¡Tengo una nube gris! —dijo, alarmado.

—Sí —confirmó Axión con gentileza—. Pero ahora que la ves, ¿qué piensas hacer?

¿Dejar que se quede y te convenza de no jugar? ¿O puedes saludarla, agradecerle que te quiere proteger de una decepción, y luego decirle que hoy quieres intentarlo de todos modos?

Emiliano respiró hondo. Miró su nube gris, luego miró su castillo de arena, y finalmente miró la luz amarilla y radiante de la niña en los columpios. Quería sentir eso.

—Voy a intentarlo —dijo, con una voz más firme.

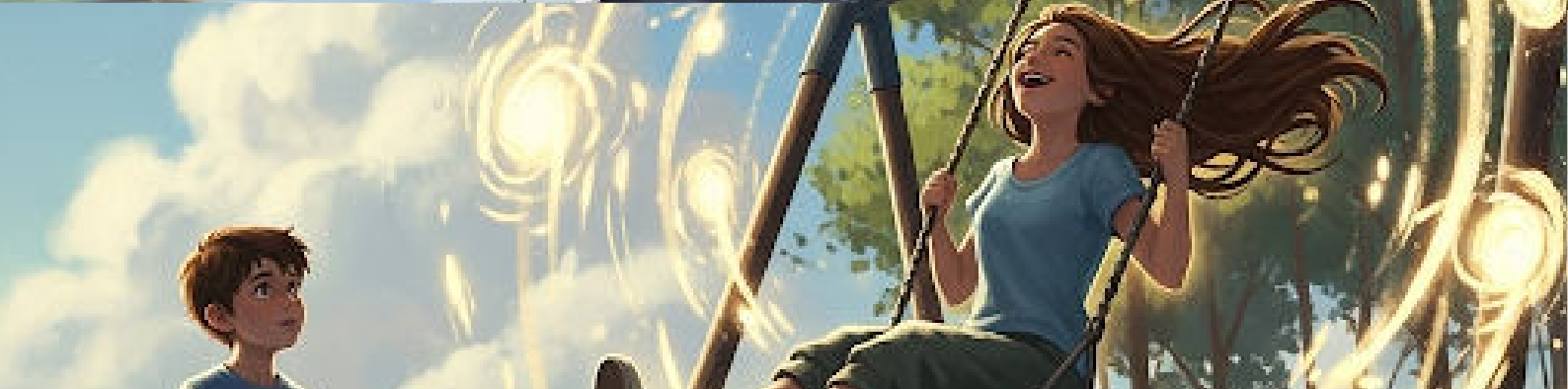
Al decir eso, la nube gris no desapareció por completo, pero se hizo más pequeña y dejó pasar un pequeño rayo de luz amarilla que le calentó el pecho.

El Señor Axión sonrió, orgulloso.

—Eso, Emiliano. Eso es todo. Conocer tus colores es el primer paso para elegir cuáles quieres alimentar. Es el mapa de tu propio corazón.

Y por primera vez, Emiliano no solo estaba construyendo un castillo de arena. Estaba construyendo el entendimiento de todo un universo que llevaba dentro.

"Tus sentimientos tienen colores. Algunos te llenan de luz y otros te la quitan. Aprender a verlos es tener el mapa de tu propio corazón."



CAPÍTULO 3: EL SUPERPODER DE LA TRANSFORMACIÓN

Capítulo 3: El Superpoder de la Transformación

Emiliano no se quitaba los lentes. Todo el camino a casa desde el parque, el mundo era un caleidoscopio de emociones vivientes. Vio la prisa naranja de un mensajero, la concentración violeta de una mujer leyendo en el autobús, e incluso el cariño rosa suave que envolvía a una mamá abrazando a su bebé.

Al día siguiente, llevó los lentes a la escuela. Se sentía como un explorador de un mundo secreto que siempre había estado allí, pero que era invisible para los demás.

Durante el recreo, su mejor amigo, Mateo, corrió hacia él con una enorme sonrisa y una caja brillante.

—¡Mira, Emiliano! —gritó Mateo, abriendo la caja—. ¡Es el Explorador Galáctico 3000! ¡Me lo trajo mi abuelo!

Dentro de la caja había un robot articulado con luces intermitentes y un pequeño mando a distancia. Era, sin duda, el juguete más genial que Emiliano había visto en su vida.

De inmediato, una sensación extraña y punzante brotó en su pecho. A través de los lentes, vio cómo de su propio cuerpo empezaba a emanar una niebla verde oscura y espesa, como una enredadera venenosa que quería envolver el juguete y jalar el juguete hacia él. La niebla le nublaba la vista y le hacía sentir un vacío molesto en el estómago. Ya no veía a Mateo feliz; solo veía el robot que él no tenía.

—¿verdad que es increíble? —preguntó Mateo, sin notar nada.

Emiliano solo pudo asentir con la cabeza, sintiéndose miserable. La niebla verde era tan densa que casi le dificultaba respirar. Quería decir "qué bueno", pero las palabras no salían.

Justo entonces, una figura serena apareció en el otro lado del patio. El Señor Axióon estaba allí, apoyado contra un árbol, observándolo con una expresión de curiosidad amable. No se acercó. Solo levantó una mano y señaló sus propios ojos, y luego apuntó suavemente hacia Emiliano, como recordándole que estaba usando los lentes.

¡Ah, sí! Los lentes, pensó Emiliano. Estoy viendo esto. Esto tiene un nombre.

Capítulo 3: El Superpoder de la Transformación

—¿Qué eres? —preguntó en su mente—. ¿Por qué me haces sentir tan mal por algo que hace feliz a mi amigo?

Como si los lentes le dieran la respuesta, una palabra llegó a su pensamiento: Envidia.

Y entonces, recordó la voz del Señor Axión: "¿Esa luz te está haciendo más fuerte o te está quitando tu potencia?"

La respuesta era clara. La niebla verde lo estaba encogiendo, haciendo que su corazón se volviera pequeño y mezquino. Le estaba quitando la alegría por el juguete nuevo de Mateo y lo que era peor, ¡le estaba quitando a su amigo!



Mateo lo miró, confundido por su silencio. —¿Emiliano? ¿Te gusta? Emiliano respiró profundamente. No quería que la niebla verde ganara. Quería sentir la luz amarilla de la alegría de nuevo. Miró el robot, luego miró la cara emocionada de Mateo, y tuvo una idea.

En lugar de decir "qué suerte tienes", que era lo que la envidia quería que dijera con tono amargo, abrió los ojos de par en par e hizo un esfuerzo enorme por sonreír de verdad.

—¡Es el robot más alucinante del mundo, Mateo! —dijo, y al decir eso en voz alta, la niebla verde retrocedió un poco—. ¡Tiene más luces que un cohete! ¿Me... me enseñas cómo funciona?

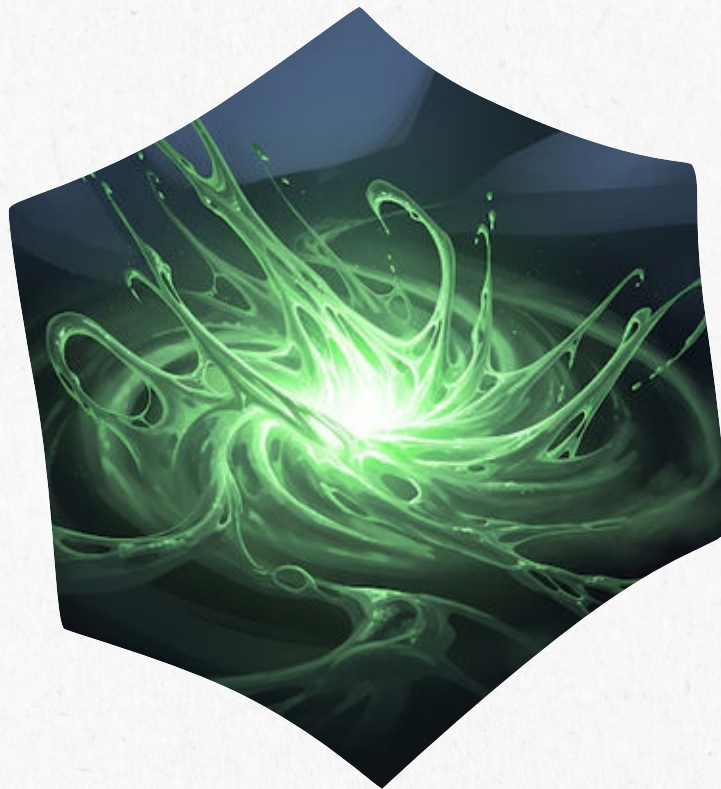
La transformación fue instantánea. La niebla verde no desapareció por arte de magia, pero de sus propias manos empezó a brotar un destello amarillo brillante. Era la alegría. Alegría por el juguete, sí, pero sobre todo, alegría por la sonrisa enorme que le puso a Mateo.

Capítulo 3: El Superpoder de la Transformación

—¡Claro que sí! —gritó su amigo, entusiasmado—. ¡Mira, este botón hace que baile! Los dos se sentaron en el suelo, pasándose el robot de las manos. La luz amarilla de ambos se mezcló, creando un aura dorada y cálida alrededor de los dos amigos que jugaban juntos.

Emiliano miró hacia el árbol. El Señor Axióon seguía allí, y esta vez no señalaba. Aplaudía suavemente, con una sonrisa de orgullo que decía más que mil palabras. Le hizo un gesto con la cabeza: "Lo lograste. Tú solo."

Emiliano se sintió más grande por dentro. Más fuerte. Había reciclado la energía pegajosa de la envidia y la había transformado en la energía brillante de la amistad y la admiración. Eso sí que era un superpoder.



"Un sentimiento difícil es una energía confundida. Cuando la entiendes, puedes transformarla en una fuerza que te una a los demás, en lugar de separarte."

CAPÍTULO 4: TRANSFORMANDO LA TRISTEZA

Capítulo 4: Transformando la Tristeza

Los días siguientes fueron brillantes y llenos de luz amarilla para Emiliano. Llevaba sus lentes especiales a todos lados, practicando ver los colores de las emociones. Había logrado transformar pequeños enfados en paciencia y había encontrado alegría en los logros de sus amigos. Pero una tarde, al volver a casa del colegio, algo cambió.

Todo empezó a verse... gris. Aún con los lentes puestos, los colores del mundo parecían apagados, como si alguien le hubiera bajado el brillo a todo. Una pesadez se instaló en sus brazos y sus piernas. No tenía ganas de construir castillos, de leer, ni siquiera de jugar con su videojuego favorito. Se dejó caer en el sofá de la sala con un suspiro que parecía venir de muy adentro.

A través de los lentes, vio que una niebla gruesa, de un color azul muy oscuro y pesado, salía de su pecho y lo envolvía por completo. Era fría y silenciosa. No era como la tormenta roja de la ira; esto era más bien como una niebla invernal que lo aislaba de todo.

Su mamá pasó por la sala y lo notó al instante. —Hola, mi amor —dijo con voz suave—. ¿Estás bien? Pareces un poco apagado.

Emiliano se encogió de hombros. —No sé. No tengo ganas de nada.

—A veces pasa —dijo su mamá, sentándose a su lado—. ¿Quieres que hablemos?

Emiliano negó con la cabeza. La niebla azul era tan espesa que ni siquiera las palabras querían salir.

Fue en ese momento cuando la puerta de la casa no se abrió, pero él supo que estaba allí. Volteó la cabeza y vio la figura del Señor Axión de pie en el umbral, como si hubiera llegado sin hacer ruido alguno. No sonreía, pero su expresión era de una comprensión tan profunda que no parecía triste, sino serena. Caminó hacia el sofá y se sentó en el suelo, frente a Emiliano, a su altura. No le dijo "anímate" o "no estés triste". Se quedó en silencio un momento, acompañándolo.

—La niebla es espesa hoy —observó el Señor Axión, viendo claramente el aura azul oscuro que envolvía al niño. —Sí —respondió Emiliano—. Es fría. Y no se va.

Capítulo 4: Transformando la Tristeza

—Las nieblas no se luchan, Emiliano. Se esperan —dijo Axión con calma—. El invierno es necesario. La tierra parece muerta, pero bajo la superficie, las raíces descansan. Guardan su fuerza. Sin invierno, no habría primavera. Sin descanso, no habría crecimiento. Emiliano lo miró, confundido. —¿La tristeza es... descanso?

—Es una señal —explicó el Señor Axión—. Es la manera que tiene tu corazón de decirte que algo importa, que algo ha cambiado o que necesitas parar. Es como un letrero que dice: "Necesito calma". Luchar contra el letrero es agotador. Es mejor leerlo.

—¿Y qué dice mi letrero? —preguntó Emiliano, sintiendo que la niebla se hacía un poco menos densa solo por hablar de ella. —Eso solo tú puedes descubrirlo —dijo Axión—. A veces, la tristeza es un mapa que nos lleva a un tesoro escondido dentro de nosotros. ¿Quieres intentar leerlo? Emiliano asintió.

Emiliano encontró una hoja de papel y unos lápices de colores. Al principio, solo garabateó líneas azules y grises, oscuras y enredadas. Pero luego, casi sin pensarlo, empezó a dibujar un gran árbol con raíces profundas que llegaban hasta el centro de la tierra. Dibujó un niño sentado bajo el árbol, no sonriendo, pero tampoco llorando. Solo estando. Y alrededor, la niebla azul, pero ahora parecía más un manto de estrellas nocturnas que una prisión.

Al terminar, se sintió diferente. La pesadez no se había ido del todo, pero ya no era fría. Se sentía como una calma profunda. A través de los lentes, vio que el azul oscuro se había transformado en un índigo sereno, un color de noche estrellada y reflexión. Ya no le quitaba fuerza; lo envolvía en un silencio respetuoso.

—Bien hecho —susurró el Señor Axión—. No le has puesto una capa de alegría falsa a tu tristeza. Le has dado la bienvenida y le has permitido mostrarte algo importante. Le diste una forma. La transformaste en comprensión.

Emiliano miró su dibujo. Era triste, pero era hermoso. Y era suyo.

—¿Así que la tristeza puede ser... bonita? —preguntó.

—Puede ser profunda —corrigió el Señor Axión—. Y lo profundo siempre tiene su propia belleza. Es el suelo del que crece la alegría más verdadera.

Y esa noche, Emiliano se fue a dormir con el dibujo bajo su almohada. La niebla aún estaba allí, pero ahora era una compañera, no una enemiga. Y por primera vez, supo que estar triste no significaba estar roto. Significaba estar vivo, y estar listo para crecer.

"Permitirse estar triste es quererse mucho. La tristeza no es un agujero, es una semilla que se planta en la profundidad para crecer más fuerte."



CAPÍTULO 5: TRANSFORMANDO LA IRA

Capítulo 5: Transformando la Ira

El taller de arte era el lugar favorito de Emiliano en la escuela. Allí, sobre su mesa, estaba su proyecto más preciado: un robot de madera que había estado construyendo durante semanas. No era tan brillante como el de Mateo, pero era suyo. Le había puesto tornillos por ojos y había pintado un gran cohete en su pecho. Era su guardián de madera.

Ese día, mientras buscaba una pieza más de cartón, Pablo, un compañero siempre un poco precipitado, pasó corriendo por el pasillo estrecho del taller. Su mochila golpeó la mesa de Emiliano con fuerza.

Todo pasó en cámara lenta. El robot de madera se balanceó, tambaleó en el borde de la mesa y cayó al suelo con un crujido seco y horrible. La cabeza, con sus tornillos-ojos, se desprendió y rodó hasta los pies de un Emiliano petrificado.

Por un segundo, hubo un silencio absoluto. Luego, una ola de calor subió desde los pies de Emiliano hasta la coronilla. Le ardían las orejas. Su corazón latía como un tambor de guerra en sus oídos. A través de los lentes, no vio una niebla. Vio llamas. Lenguas de fuego rojo intenso y crepitante que brotaban de su pecho, nublando su vista, apagando todos los otros sonidos. La ira, pura y caliente, lo poseyó.

—¡LO HICISTE A PROPÓSITO! —gritó, con una voz que ni siquiera reconoció como suya. Sus puños se apretaron y dio un paso hacia Pablo, que retrocedió con los ojos muy abiertos.

—Fue un accidente, ¡lo juro! —balbuceó Pablo.

Pero Emiliano no podía oírlo. El fuego rojo le exigía acción, le gritaba que golpeará, que gritara más fuerte, que devolviera el daño.

Justo cuando iba a lanzarse sobre Pablo, una mano serena se posó en su hombro. No era una mano pesada ni forcejeaba. Era simplemente... presente. Fresca. Como un paño húmedo sobre su fiebre.

—Emiliano —dijo la voz tranquila del Señor Axió— . El fuego es poderoso. Pero cuidado: puede calentar tu hogar o quemar tu bosque. Tú decides.

Emiliano jadeó, luchando contra las llamas internas.

—¡Pero lo rompió! ¡Mi robot!



Capítulo 5: Transformando la Ira

—Lo veo —dijo Axión, con una calma que actuaba como un extinguidor—. Y es comprensible que el fuego haya venido. Te ha avisado de una injusticia. Pero ahora, ¿está protegiendo tu robot o está a punto de quemar tu taller... y a tu amigo?

Emiliano miró sus puños apretados. Miró la cara asustada de Pablo. Miró las llamas rojas que lo envolvían. El Señor Axión tenía razón. El fuego no estaba arreglando nada; solo estaba haciendo más daño.

—Respira con el fuego, Emiliano —susurró Axión—. No lo apagues todavía. Solo siéntelo. Es energía. ¿Qué quiere hacer esa energía?

Emiliano cerró los ojos e inhaló profundamente. Sintió el calor, la rabia, la frustración. Era una energía enorme, poderosa, como la de un motor.

—Quiere... arreglarlo —jadeó Emiliano, sorprendido por su propia respuesta—. Quiere que las cosas estén bien otra vez.

—Excelente —dijo Axión—. Esa es la verdadera misión del fuego: restaurar, no destruir. ¿Cómo puedes usar esta energía para arreglarlo?

Las llamas rojas comenzaron a cambiar. Siguieron siendo intensas, pero dejaron de ser destructivas. Se volvieron más naranja, como la forja de un herrero.

Emiliano abrió los ojos. Ya no miraba a Pablo con odio. Respiró hondo otra vez, y su voz, aunque aún temblorosa, fue firme.

—Pablo —dijo—. Lo rompiste. Fue un accidente, pero lo rompiste. Necesito que me ayudes a repararlo. Pablo, aliviado de que la tormenta hubiera amainado, asintió rápidamente. —Sí, ¡claro! Lo siento mucho, Emiliano. Sé dónde hay más madera y pegamento fuerte. Yo te ayudo.

La ira no se había ido. Pero ya no era un incendio forestal. Era la determinación naranja y brillante de un ingeniero que tiene un trabajo que hacer. Emiliano recogió los pedazos de su robot. El fuego se había transformado. Ya no le quemaba por dentro; lo impulsaba a actuar, a reconstruir.

Con manos decididas y la ayuda de un Pablo ahora colaborador, empezó a pegar, a medir y a pensar en un diseño nuevo, incluso mejor.

El Señor Axión observó cómo los dos niños trabajaban juntos, rodeados de un aura naranja de esfuerzo concentrado y propósito.

—La ira es justicia confundida —murmuró para sí mismo, satisfecho—. Cuando la escuchas, descubre su verdadero nombre: fortaleza.

Y Emiliano, mientras pegaba la cabeza de su robot, entendió. Su superpoder no era no enfadarse. Era escuchar el mensaje urgente y verdadero que se escondía dentro del fuego.

"La ira es fuego. Puedes usarlo para quemar todo a tu paso o para forjar una solución más fuerte. La elección es tuya."



CAPÍTULO 6: TRANSFORMANDO LA ENVIDIA

Capítulo 6: Transformando la Envidia

La clase de gimnasia nunca había sido la favorita de Emiliano. A él le gustaba construir, dibujar, pensar. Correr y saltar lo dejaba sin aliento y se sentía torpe. Pero Luca, un compañero de su clase, era diferente. Luca era como un galgo: ágil, rápido, elegante. Ese día, estaban haciendo carreras de obstáculos y Luca voló sobre las vallas, como si sus pies tuvieran alas, mientras todos lo vitoreaban.

Emiliano, en cambio, tropezó con la primera valla y cayó sobre la colchoneta con un bochornoso plaf.

A través de sus lentes, mientras se levantaba avergonzado, vio algo hermoso y doloroso a la vez. Alrededor de Luca, que sonreía feliz por su victoria, había un aura de un verde lima brillante y vibrante, lleno de energía y vitalidad. Era la luz de la capacidad pura, de la alegría del movimiento.

Y entonces, sintió el pinchazo. No era caliente como la ira, ni frío como la tristeza. Era como una picadura de avispa, pequeña pero aguda, en el corazón. Miró hacia sí mismo y vio que de su pecho brotaba un verde oscuro, viscoso y turbio, como algas podridas en un estanque. Se sentía... pequeño, insuficiente, amargado. La luz de Luca no le inspiraba; le hacía daño. Quería que Luca dejara de ser tan bueno, para que él no se sintiera tan mal.

La envidia había llegado.

—No es justo —murmuró para sus adentros, quitándose el polvo de la ropa—. ¿Por qué él puede y yo no? —¿Y por qué tú no puedes? La voz del Señor Axió sonó a su lado. Estaba de pie, observando la pista, con una expresión de genuino interés por la escena.

—Porque no soy como él —refunfuñó Emiliano, sintiendo cómo el verde oscuro se hacía más espeso.

Axió se giró hacia él. —Ah. ¿Y eso es malo? Un roble no es como un girasol, y el girasol no es como la hiedra. La naturaleza ama la diversidad. ¿Por qué los niños deberían ser todos iguales? —Pero yo quiero ser como él —insistió Emiliano, casi suplicando—. Quiero que me aplaudan.



Capítulo 6: Transformando la Envidia

—¿Quieres ser como Luca, o quieres sentir la alegría que él siente? —preguntó Axión, clavando su mirada serena en el niño—. Son dos deseos muy diferentes. Uno te encoge. El otro te puede agrandar. Emiliano se quedó pensativo. Observó de nuevo a Luca. Su verde brillante era hermoso. No quería apagarlo; quería sentir algo así por dentro.

—Quiero... sentirme así de bien —confesó. —Buen primer paso —asintió Axión—. La envidia es un maestro que grita muy fuerte las lecciones equivocadas. Nos señala lo que deseamos, pero nos dice que para tenerlo, otro debe perderlo. Y esa es una mentalidad muy triste. La verdadera lección no es "ojalá él no lo tuviera", sino "¿por qué yo lo deseo tanto?". Le quitó los lentes a Emiliano por un momento.

—Mira sin los lentes. ¿Qué ves?— Emiliano parpadeó. Vio a un niño sudoroso y feliz por ser bueno en algo. —Veo a Luca... que es muy rápido. —Exacto. La envidia nubla la vista. Te hace ver a la otra persona como un espejo que te devuelve todo lo que te falta. Pero Luca no es un espejo. Luca es Luca. Y tú eres Emiliano. Tu deseo no es ser Luca. Es ser tan bueno en algo como Luca lo es en correr. —

Le devolvió los lentes. El verde oscuro seguía allí, pero ahora Emiliano lo miraba con curiosidad, no con odio. —¿Y qué hago con esto? —preguntó, señalando la niebla viscosa. —Pregúntale —sugirió Axión—. "¿Qué me muestras que yo valoro?".

Emiliano respiró hondo y se hizo la pregunta en su mente. La respuesta llegó de inmediato: Quiero ser especial. Quiero que me vean y me admiren.

—¡Ah! —exclamó Emiliano—. No quiero sus piernas... ¡quiero sentirme capaz!
El Señor Axión sonrió, radiante.

—¡Lo has encontrado! El tesoro escondido bajo la envidia. Es el mapa de tus propios valores. Tú valoras la capacidad, el esfuerzo, el reconocimiento. Ahora, tienes un mapa. ¿Qué haces con un mapa?

—¡Sigo la ruta! —dijo Emiliano, entusiasmado.

El verde oscuro de la envidia comenzó a disiparse. No fue reemplazado por el verde lima de Luca, sino por un nuevo color: un naranja cálido y determinado que brotaba de su propio pecho. Era la ambición sana, la admiración convertida en motivación. En lugar de alejarse de Luca, Emiliano caminó hacia él.

—Oye, Luca —dijo, y su voz era sincera, no amarga—. Eres increíble corriendo. ¿Cómo lo haces? ¿Practicas mucho?

Capítulo 6: Transformando la Envidia

Luca se sorprendió, luego sonrió, halagado.

—¡Sí! Vivo cerca de un parque y corro todos los días. Al principio era malísimo, pero me gustó y seguí intentándolo.

Emiliano asintió. El color naranja en su pecho se hizo más brillante. No era la alegría de Luca, era una alegría diferente: la alegría de tener un objetivo y saber que, con esfuerzo, podía alcanzarlo.

El Señor Axión observó cómo los dos niños hablaban. La envidia no se había combatido; se había ** comprendido **. Y al comprenderla, se había transformado en el combustible para que Emiliano encontrara su propio camino para brillar.

"La envidia es un espejo empañado. Límpialo con una pregunta: ¿qué me dice esto que yo deseo? Y descubrirás un mapa para tu propio viaje."



CAPÍTULO 7: TRANSFORMANDO LOS CELOS

Capítulo 7: Transformando los Celos

Emiliano y su mejor amigo, Mateo, eran como dos plantas que habían crecido juntas. Compartían meriendas, secretos y su amor por los robots y los cómics. Pero últimamente, un nuevo chico, Bruno, se había unido a su clase. Bruno era divertido y le encantaban los mismos videojuegos que Mateo.

Un día, durante el recreo, Emiliano llegó al patio y los buscó con la mirada. Los encontró junto a los columpios. Mateo y Bruno estaban sentados en el suelo, riendo a carcajadas por algo que veían en la tablet de Bruno. Parecían tan cómodos, tan en su propio mundo, que Emiliano se detuvo en seco.

Un frío repentino le recorrió la espalda. A través de los lentes, no vio fuego ni niebla, sino algo diferente: espinas. Delgadas y afiladas, de un color morado oscuro y punzante, que brotaban de su pecho y parecían querer enredarse alrededor de Mateo para alejar a Bruno. No era la envidia verde que quería lo que el otro tenía; esto era un miedo frío a perder lo que ya era suyo: la amistad de Mateo.

Los celos, silenciosos y afilados, lo habían pinchado.

Se acercó lentamente, sintiendo las espinas moradas apretarse alrededor de su corazón.

—Hola —dijo, y su sonido sonó forzado.

—¡Emiliano! —dijo Mateo, levantando la vista—. Bruno me está mostrando un juego nuevo, ¡es alucinante!

—Genial —murmuró Emiliano, sin poder disimular el tono plano de su voz. Se sentó con ellos, pero se sintió como un extraño. Las espinas moradas le susurraban: "Él te está reemplazando. Ya no eres su mejor amigo. Eres prescindible."

Bruno, sintiendo la tensión, pronto se excusó y se fue. Mateo lo miró con decepción.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué fuiste tan raro?

—Nada —respondió Emiliano, cruzando los brazos—. Parece que ya no me necesitas para divertirme.

—¡Eso no es verdad! —protestó Mateo—. Solo estaba jugando con él.

Pero las espinas moradas no dejaban a Emiliano escuchar. Solo querían que se quejara, que acusara, que alejara a cualquier rival.

Fue entonces cuando el Señor Axió apareció, sentándose en un columpio cercano como si siempre hubiera estado allí. No miró a los niños directamente, sino que comenzó a hablar, como para sí mismo.

Capítulo 7: Transformando los Celos

—Es curioso —murmuró—. El amor por un amigo es como un jardín. Algunos quieren ponerle una reja alta alrededor y regar solo una planta, por miedo a que otras flores le quiten el agua. Pero los jardines más bonitos son aquellos donde muchas flores crecen juntas. Comparten el mismo sol, y la lluvia les llega a todas. La alegría de una no le quita nada a la otra; al contrario, hace que todo el jardín sea más colorido y fuerte.

Emiliano lo escuchó. Las palabras de Axión eran como un bálsamo suave sobre las espinas moradas. Miró a Mateo, quien parecía confundido y un poco herido.

—¿Crees que mi amistad es como un pastel? —preguntó Mateo, con más perspicacia de la que Emiliano esperaba—. ¿Que si le doy un pedazo a Bruno, te quedas con menos? La pregunta golpeó a Emiliano directamente en el corazón. Eso era exactamente lo que sentía.

El Señor Axión asintió lentamente. —El cariño no es un pastel, Emiliano. Es una semilla. Cuanto más la compartes, más crece. Si guardas la semilla por miedo, se seca. Si la plantas y la riegas con confianza, se convierte en un árbol que da sombra a muchos.

Emiliano respiró hondo. Las espinas moradas comenzaron a debilitarse. Miró a Mateo, su amigo de siempre, y vio en su aura el color azul claro de la lealtad, mezclado con un poco de gris de tristeza por la discusión.

—Tienes razón —dijo Emiliano, con la voz más suave—. Me asusté. Pensé que si tenías otro amigo, ya no me querrías igual. Mateo puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Eso es tonto. Tú eres mi mejor amigo Emiliano. Eso no cambia. Bruno es genial, pero es... diferente. ¿Por qué no jugamos los tres juntos la próxima vez?

Las espinas moradas se desvanecieron por completo. En su lugar, una sensación cálida y dorada llenó el pecho de Emiliano. No era solo alegría; era gratitud. Gratitud por tener un amigo como Mateo, y gratitud por haber entendido algo nuevo.

—Sí —dijo Emiliano, sonriendo por primera vez—. Eso sería genial.

El Señor Axión se meció suavemente en el columpio, satisfecho. Los celos no se habían vencido con gritos, sino con la comprensión de que el verdadero amor no es posesivo, sino expansivo. La confianza era el antídoto.

Al día siguiente, Emiliano fue quien invitó a Bruno a jugar con ellos. Y descubrió que tener un jardín con más flores era, efectivamente, mucho más divertido.

"El cariño no es un pastel que se acaba. Es un árbol que crece cuanto más lo compartes. La confianza es el agua que lo hace fuerte."



CAPÍTULO 8: TRANSFORMANDO EL APEGO

Capítulo 8: Transformando el Apego

En el rincón más especial de su habitación, Emiliano tenía un tesoro. No era un juguete cualquiera. Era una caja de música que había pertenecido a su abuelo Roque. Era de madera oscura y pulida, y en su tapa estaba tallado un pájaro con las alas abiertas. Cuando se daba cuerda, una melodía dulce y un poco trona salía de ella, y el pájaro giraba lentamente. Era su objeto máspreciado. Lo protegía del polvo, del sol, y no dejaba que nadie más la tocara.

A través de los lentes, cuando Emiliano miraba la caja, veía cómo de su pecho salían hilos dorados, brillantes pero tensos, que se enredaban alrededor de la caja de música y tiraban de ella hacia sí, como si temieran que escapara. Esos hilos lo ataban a ella. Ese era el apego: un amor que, en lugar de sentirse libre, se aferraba con miedo.

Un día, su prima pequeña, Zoe, vino de visita. Zoe tenía cuatro años, ojos curiosos y manos inquietas. Mientras los adultos hablaban en la sala, ella se fué a la habitación de Emiliano. Y allí estaba la caja de música.

Emiliano entró justo cuando Zoe, con asombro, giraba la llave de la caja. La melodía comenzó a sonar. Pero en lugar de maravillarse, Emiliano sintió un pánico helado. —¡No! —gritó, corriendo hacia ella—. ¡Es mía! ¡No la toques! Zoe, asustada por el grito, soltó la caja. Cayó al suelo. La música se detuvo bruscamente con un crujido metálico y doloroso. El pájaro tallado se desprendió de la tapa y rodó por el suelo.

El silencio que siguió fue peor que el crujido. Zoe rompió a llorar. La madre de Emiliano entró alarmada. Pero Emiliano no podía moverse. Miraba los pedazos de su tesoro roto, y un dolor inmenso, agudo y vacío le llenó el pecho. Los hilos dorados que lo ataban a la caja se tensaron tanto que se rompieron de golpe, y la desconexión fue tan brutal que sintió que se caía en un pozo sin fondo.

A través de los lentes, vio cómo su aura se volvía de un gris plomizo y estático, el color de la pérdida absoluta. No era la tristeza azul que invitaba a reflexionar; esto era un desconsuelo mudo.



Capítulo 8: Transformando el Apego

—Emiliano... lo siento... —balbuceó la mamá de Zoe—. Fue un accidente.

Pero Emiliano no podía escuchar. Se encerró en el baño, luchando contra las lágrimas que ardían en sus ojos. No solo estaba triste por la caja. Estaba enfadado con Zoe, con él mismo por gritar, y con el mundo entero por ser tan frágil.



—Los hilos se rompen con mucha fuerza cuando están muy tensos —dijo una voz suave al otro lado de la puerta. Era el Señor Axión—. Duele más el miedo a perderlo que haberlo perdido. —¡Era lo más importante que tenía! —dijo Emiliano, con la voz quebrada.

—¿Era? —preguntó Axión—. ¿O lo que te importaba era la melodía que te hacía sentir cerca de tu abuelo? La pregunta flotó en el aire. Emiliano dejó de llorar. ¿Era la caja, o era lo que representaba? —Tu abuelo —continuó Axión—, ¿amaba las cosas o amaba las experiencias? ¿Amaba poseer la música o amaba compartirla?

Emiliano recordó. Su abuelo no guardaba la caja en un estante. Se sentaba con él en las tardes, le daba cuerda, y le contaba historias del pájaro que volaba hacia países imaginarios. La alegría no estaba en tener la caja; estaba en el momento que creaban juntos. Abrió la puerta. El Señor Axión estaba allí, sosteniendo el pájaro de madera tallada que se había desprendido.

—El apego son como esas cuerdas tensas —dijo Axión—. Nos hacen creer que la alegría vive dentro del objeto. Y cuando el objeto se rompe, sentimos que la alegría se muere con él. Pero no es así. La alegría vive en el recuerdo, en el cariño, en la melodía que guardamos aquí —y señaló el corazón de Emiliano—. El objeto era solo la llave que abría esa puerta y ya sabes cómo abrirla.

Capítulo 8: Transformando el Apego

Emiliano tomó el pájaro de madera. Ya no era parte de la caja. Era solo un pedazo de madera. Pero era el pájaro de las historias de su abuelo.

Salió del baño. Zoe todavía lloraba en brazos de su madre. Emiliano se acercó. En lugar de regañarla, se arrodilló. —Zoe —dijo, con una voz nueva, más calmada—. ¿Te gustaba la melodía?

La niña asintió, asustada. —Sí. Era bonita. —A mi abuelo también le encantaba —dijo Emiliano—. Se rompió la caja, pero la melodía no. Yo te la puedo silbar. ¿Quieres oírla?

Zoe dejó de llorar y asintió, con ojos grandes. Emiliano juntó los labios y silbó suavemente la melodía que conocía de memoria. Era la misma, pero diferente. No salía de una caja, salía de él. A través de los lentes, Emiliano vio cómo el gris plomizo de su pecho se transformaba. No en los hilos dorados y tensos del apego, sino en una luz ámbar, cálida y radiante, como la miel. Era la gratitud. La alegría de haber tenido la caja, y la alegría de poder compartir su recuerdo.

El objeto se había roto, pero la esencia de lo que representaba era ahora más fuerte porque vivía dentro de él, y ahora podía dársela a otra persona. El Señor Axió observó cómo Emiliano le silbaba la melodía a su prima, que ahora sonreía. El apego se había transmutado. Ya no era amor por un objeto; era amor por una memoria, y ese amor, al ser compartido, se había multiplicado.

"El verdadero tesoro no es la cosa que guardamos, sino el recuerdo que nos regala. Cuando compartimos ese recuerdo, el tesoro se hace más grande y nunca se puede romper."



CAPÍTULO 9: TRANSFORMANDO LA CODICIA

Capítulo 9: Transformando la Codicia

La feria del pueblo era un universo de tentaciones. Luces de colores parpadeaban, la música sonaba fuerte y los olores de algodón de azúcar, palomitas y churros llenaban el aire. Emiliano caminaba entre los puestos con sus padres, y sus ojos iban de un lado a otro, cada vez más grandes.

—¡Mira, papá! ¡El dron teledirigido!

—¡Mamá, quiero ese dinosaurio gigante!

—¡Y unos churros! ¡Y algodón de azúcar! ¡Y una varita luminosa!

Cada nuevo objeto que veía despertaba en él un deseo inmediato y urgente. "¿Quieres tenerlo todo? Pregúntate: ¿lo quiero para guardar o para disfrutar? La verdadera riqueza no es tener mucho, es disfrutar mucho de lo que tienes."

—Emiliano, tranquilo —dijo su papá—. Elijamos una sola cosa, algo especial, ¿de acuerdo? —¡Pero yo lo quiero todo! —insistió Emiliano, y su voz sonó quejumbrosa y ansiosa. El remolino púrpura giraba más rápido, haciéndole sentir que si no lo tenía todo, sería profundamente infeliz.

Fue entonces cuando el Señor Axión apareció junto al puesto de tiro al blanco. No estaba jugando. Observaba a la gente con su mirada tranquila. Sus ojos se encontraron con los de Emiliano, y Axión sonrió, señalando su propio pecho y luego el remolino oscuro que Emiliano proyectaba. Emiliano se sintió un poco avergonzado.

Axión se acercó. —El deseo es una fuerza maravillosa —dijo el Señor Axión, su voz serena cortando el ruido de la feria—. Nos impulsa a crear, a lograr, a vivir. Pero a veces, el deseo se confunde. En lugar de buscar lo que realmente necesitamos, corre detrás de todo lo que brilla, como un colibrí que picotea una flor tras otra sin saborear ninguna.

—Pero es que todo es tan genial... —murmuró Emiliano, sintiendo cómo el remolino púrpura lo agitaba por dentro.

—¿Genial para tener, o genial para disfrutar? —preguntó Axión—. ¿Quieres poseer el dron teledirigido, o quieres la alegría de volarlo con tu papá? ¿Quieres el dinosaurio gigante, o quieres la aventura de imaginar con él? El remolino oscuro solo quiere acumular. Pero la verdadera fuerza no está en tener mucho, sino en disfrutar mucho de lo que tienes.

Capítulo 9: Transformando la Codicia

Axión le tendió la mano. —¿Me prestas tus lentes un momento? Emiliano, confundido, se los quitó y se los dio. Axión se puso los lentes y miró a su alrededor con una sonrisa de asombro, como si viera la feria por primera vez.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Mira todos los colores, Emiliano. Escucha las risas. Huele las donas. Esta feria no es un lugar para ser poseído. Es una experiencia para ser vivida. Si te pasas el tiempo queriendo tener todo, te perderás la diversión de estar aquí.

Le devolvió los lentes. Emiliano se los puso y miró de nuevo. El remolino púrpura seguía allí, pero ahora también veía otras cosas: la luz dorada de la alegría compartida en las caras de la gente, el resplandor naranja de la emoción por ganar un premio sencillo, el brillo azul de la tranquilidad de una familia que compartía un algodón de azúcar.

—El remolino te dice "¡TODO!" —susurró Axión—. Pero la sabiduría pregunta: "¿Qué disfrutarás realmente?".

Emiliano respiró hondo. Cerró los ojos y luchó contra el remolino. No quería que lo controlara. Cuando los abrió, su mirada cayó en un puesto sencillo donde un señor tallaba figuritas de madera a mano. No era el juguete más brillante, pero era único.

—Papá —dijo Emiliano, con una voz más calmada—. Ya no quiero el dron ni el dinosaurio. ¿Me compras una de esas figuritas de madera? Podemos elegirla juntos.

El remolino púrpura no desapareció de golpe, pero se transformó. Se volvió más pequeño, más tranquilo, y tomó un tono violeta claro, el color de la satisfacción consciente. Ya no era un agujero negro; era una elección.

Su papá sonrió, aliviado. —Me parece una idea genial. Eligieron un pequeño perro tallado. Emiliano lo sostuvo en sus manos. No era grande ni hacía ruido, pero estaba hecho con cuidado y amor. Y lo había elegido él, no el remolino.

Al mirar a su alrededor, Emiliano ya no veía una lista interminable de cosas que quería. Veía una fiesta de la que podía disfrutar sin necesidad de llevársela a casa entera. Comió un churro relleno saboreando cada mordisco, no devorándolo. Disfrutó de las luces sin querer una lámpara.

El Señor Axión lo observó desde la distancia. La codicia no se había vencido con negación, sino con comprensión. Emiliano había transformado el deseo insaciable de tener en la alegría profunda de elegir y saborear.



"¿Quieres tenerlo todo? Pregúntate: ¿lo quiero para guardar o para disfrutar? La verdadera riqueza no es tener mucho, es disfrutar mucho de lo que tienes."



CAPÍTULO 10:
AFRONTANDO LA
PÉRDIDA DE MI
MASCOTA

Capítulo 10: Afrontando la Pérdida de mi Mascota

Toby era más que un perro. Era una bola de pelo blanco y energía sin fin. Era el que lo esperaba saltando en la puerta al volver de la escuela, el que escuchaba sus secretos sin juzgar, el que lo acompañaba en sus aventuras imaginarias por el patio. Toby era su mejor amigo de cuatro patas.



Por eso, cuando Emiliano volvió un día de la escuela y no escuchó el familiar rasguño de uñas en la puerta, supo que algo andaba mal. Sus padres estaban en el sofá, con las caras serias y los ojos rojos. Le explicaron, con palabras suaves y llenas de dolor, que Toby había estado muy enfermo y que se había ido para siempre a descansar. El mundo de Emiliano se detuvo.

No fue una niebla. No fue un remolino. Fue como si de repente, todo el color del mundo se hubiera apagado. Un vacío silencioso y oscuro, más frío que la tristeza y más quieto que la ira, se abrió en su pecho. A través de los lentes, no vio ningún color a su alrededor. Solo una penumbra grisácea que lo envolvía todo. El dolor era tan grande que ni siquiera podía llorar. Solo sentía un peso inmenso.

Capítulo 10: Afrontando la Pérdida de mi Mascota

Los días siguientes fueron grises. La casa estaba callada. La cama de Toby vacía. El comedero sin usar. Cada pequeño recordatorio era una puerta al agujero negro de su pecho. Emiliano se encerró en su habitación. Las enseñanzas del Señor Axión parecían palabras lejanas y débiles, incapaces de llenar el vacío que Toby había dejado.

Una tarde, mientras acariciaba la vieja correa de Toby, no pudo evitarlo y rompió a llorar. Lloró con todo su cuerpo, con unos sollozos que le sacudían el alma. Lloró por los paseos que no darían, por los lengüetazos que no sentiría, por el calor de su lomo junto a su cama por la noche.

De pronto, sintió una presencia tranquila a su lado. No hizo falta mirar. Era el Señor Axión. No dijo nada. No ofreció consuelos vacíos. Simplemente se sentó en el suelo junto a él y puso una mano en su espalda, acompañándolo en su dolor. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra.

Cuando los sollozos de Emiliano se calmaron, Axión habló con una voz suave como la brisa.

—El amor duele cuando la forma que amamos cambia —dijo—. Toby ya no está aquí en la forma de un perro juguetón. Pero el amor que sientes por él, ¿dónde está? ¿Se ha ido con él? Emiliano lo miró, confundido, con las mejillas empapadas.

—No... no lo sé. Solo sé que lo extraño.

—Claro que lo extrañas —asintió Axión—. Extrañas su forma, su ladrido, su olor. Eso es el amor por lo concreto. Pero el amor mismo, la esencia de lo que sentías por él... eso no puede morir. Porque eso no era de Toby, ni era tuyo. Era de los dos. Era un lazo. Y los lazos verdaderos son de una sustancia que el tiempo no puede romper.

Emiliano frunció el ceño, tratando de entender.

—¿Dónde está entonces?

—En todas partes —dijo Axión, abriendo los brazos—. En el recuerdo de cómo te hacía reír. En la valentía que te daba cuando tenías miedo. En la lealtad que te enseñó. Esas cosas no son cosas. Son... modos de ser. Y Toby te las regaló para siempre. Ahora viven en ti. Por eso duele: porque una parte de él se ha mudado para siempre dentro de tu corazón, y el corazón se estira y duele cuando crece para hacerle espacio.

Capítulo 10: Afrontando la Pérdida de mi Mascota

Emiliano respiró hondo. Las palabras de Axión no quitaban el dolor, pero le daban un nuevo significado. El vacío ya no parecía solo un agujero; parecía un espacio que estaba haciendo para algo nuevo.

—¿Cómo... cómo lo transformo? —preguntó, con voz débil.

—No transformas el dolor en alegría —dijo Axión—. Eso sería imposible. Honra el dolor. Es la medida de tu amor. Y luego, transforma el amor que le tenías a Toby en su forma de perro, en amor por todo lo que él representaba: la diversión, la lealtad, la amistad. ¿Cómo puedes honrar eso?

Emiliano pensó un largo rato. Luego, se levantó. Tomó la correa, su plato favorito y una foto de los dos juntos. Hizo un pequeño altar en un rincón de su habitación. No era un lugar de tristeza, sino de agradecimiento.

Luego, hizo lo más importante. Le pidió a sus padres que lo acompañaran al refugio de animales. No fue a buscar un reemplazo, porque Toby era irremplazable. Fue a honrar el amor.

Se ofreció como voluntario para pasear a otros perros que también necesitaban cariño. Al acariciar a un perrito asustadizo, sintió que el amor que había por Toby no se perdía, fluía. Ya no era un peso estático; era una fuerza activa.

A través de los lentes, Emiliano vio cómo el vacío oscuro en su pecho se llenaba lentamente con una nueva luz. No era amarilla ni naranja. Era un color nuevo, un blanco plateado y tranquilo, como la luz de la luna. Era una tristeza serena, mezclada con un amor agradecido y eterno. Era la potencia del amor que perdura más allá de la pérdida.



El Señor Axión, desde la puerta del refugio, sonrió. No era una sonrisa de alegría, sino de profundo respeto. Emiliano había vivido la lección más difícil y había descubierto el superpoder más grande: que **el amor verdadero es una sustancia eterna que nunca se pierde, solo se transforma.**

"El amor no es un objeto que se pierde. Es una energía que se transforma. El cariño por quienes se van no se apaga; se convierte en luz para honrar su recuerdo y en fuerza para amar a quienes aún están."



BONUS: EL MISTERIO DE LA SUSTANCIA

Bonus: El Misterio de la Sustancia

Habían pasado semanas desde la partida de Toby. El dolor agudo se había transformado en esa luz plateada y serena que Emiliano llevaba en el pecho. Una tarde, sentado en el jardín donde tantas veces había jugado con su perro, miraba el cielo que comenzaba a teñirse de naranja y púrpura.

El Señor Axión llegó y se sentó a su lado, siguiendo su mirada hacia el horizonte.

—Señor Axión —preguntó Emiliano, de pronto—. ¿A dónde se fue realmente Toby? Si el amor sigue aquí... ¿dónde está él?

El Señor Axión permaneció en silencio un momento, como si la pregunta mereciera todo el respeto del universo.

—Es la pregunta más grande de todas, Emiliano. Y para responderla, tendremos que usar todos nuestros superpoderes juntos. ¿Estás listo para un último misterio?

Emiliano asintió, con los ojos brillantes de curiosidad.

Axión señaló un árbol grande y antiguo que había en el jardín.

—Mira ese árbol. ¿Qué es?

—Es un árbol —dijo Emiliano, obvio.

—¿Seguro? —preguntó Axión con una sonrisa—. ¿Es las hojas? Porque las hojas se caen en otoño y el árbol sigue siendo árbol. ¿Es el tronco? ¿Es la raíz? ¿O es la fuerza de la vida que lo hace crecer, respirar, y dar sombra?

Emiliano lo miró, intrigado.

—Es... todo junto.

—Exacto —asintió Axión—. La "vitalidad del árbol" es algo más que sus partes. Es una fuerza que se expresa como un tronco, como hojas, como raíces.

Luego, señaló una nube que pasaba.

—¿Y esa nube? ¿Es solo vapor? ¿O es la misma agua que estaba en el océano, que se evaporó, que ahora viaja por el cielo y que mañana quizás caerá como lluvia para regar este mismo árbol? ¿Dónde empieza y termina la nube?

Emiliano seguía el razonamiento, sintiendo que se acercaba a algo enorme.

—No termina... solo se transforma.

—¡Sí! —dijo Axión, con entusiasmo—. Todo a nuestro alrededor —el árbol, la nube, tú, yo, Toby, las estrellas— son como... olas en un océano infinito. Cada ola parece una cosa separada: tiene su forma, su nombre, su momento en que nace, crece y parece desaparecer al chocar con la playa. Pero ¿la ola es algo separado del océano?

—No —susurró Emiliano—. Es el océano mismo, ondulando.





Los ojos de Axi3n brillaron con una luz profunda.

—Eso es el misterio de la Sustancia. El oc3ano entero es la Naturaleza, es la Vida, es Dios... ll3malo como quieras. Es la 3nica cosa que realmente Es. Eterna, infinita y perfecta. Y nosotros, Toby, este 3rbol, esa piedra... somos olas. Modos temporales en los que el oc3ano decide jugar a ser algo por un tiempo. Formas que la Vida toma para expresarse. Emiliano contuvo la respiraci3n. Era una idea tan grande que casi no cab3a en su cabeza, pero en su coraz3n, ten3a sentido.

—Entonces... Toby no se "fue" a otro lugar —dijo, relajado, asimil3ndolo—. Solo... dej3 de ser una ola. Su esencia, lo que lo hac3a ser, volvi3 al oc3ano. A la Vida. Y est3 en todas partes ahora. En el aire que respiro, en el 3rbol que da ox3geno, en el amor que siento por 3l. Porque todo es el mismo oc3ano.

Emiliano mir3 sus manos. A trav3s de los lentes, ya no se ve3a a s3 mismo como un ni3o aislado. Vio una constelaci3n de energ3a vibrante, conectada por finos hilos de luz a todo lo que lo rodeaba: al 3rbol, a las flores, a los p3jaros, al cielo. Todo era una red dorada y brillante. Todo era Uno.

Bonus: El Misterio de la Sustancia

No sintió alegría desbordante. Sintió algo más profundo: una paz tremenda y poderosa. Una sensación de pertenencia absoluta. Era como si finalmente hubiera llegado a casa después de un viaje muy largo.

—¿Y este es tu mayor superpoder, Señor Axión? —preguntó Emiliano, con lágrimas de alegría en los ojos—. ¿Ver el océano en cada ola?

Axión sonrió, y por primera vez, Emiliano vio a través de los lentes que su aura no era de un color, sino que era blanca, conteniendo a todos los colores a la vez, brillando con la luz tranquila de quien comprende el misterio.

—No, Emiliano. Este es el superpoder que tú has descubierto. Yo solo te mostré dónde mirar. El mayor poder no es volar o ser fuerte. Es darse cuenta. Darse cuenta de que eres el océano, jugando a ser una ola. Y cuando lo sabes, ya nunca vuelves a sentirte solo. Esa noche, Emiliano se durmió mirando las estrellas. Ya no sentía la ausencia de Toby. Sentía su presencia en todo. Y supo, en el fondo de su corazón, que todo estaba bien. Todo estaba conectado. Todo era Amor.





"No estás en el universo. Eres el universo,
expresándose como tú. Por un breve y
hermoso momento, eres tú. Y en eso, nunca
estás solo."

FIN

Emiliano y El Señor Axi3n: Los Superpoderes de la Raz3n 3
2025 by T.F.F is licensed under Creative Commons Attribution-
NonCommercial 4.0 International. To view a copy of this
license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>